



Cuesta *abajo*

DANILO MARKO

En 1920, Thomas Mann expresó que la calidad de una novela depende de la aptitud del escritor para mantener simultáneamente las ideas en su cabeza, mientras sostiene el control sobre los motivos y los hilos de la narración. En sus primeras obras, *El invierno en Lisboa* y *Belzebú*, el español Antonio Muñoz Molina parecía poseer ese atributo gracias a un estilo culto y original -si bien algo recargado-, a una formación sólida y a una firme vocación lite-



SEFARAD, DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA.
Alfaguara.
500 páginas.

raría. Pero a partir de *El jinete polaco* (1991), el prosista andaluz dio rienda suelta a una incontenible grafomanía, traducida en novelones de a lo menos 600 páginas, donde no es posible distinguir la paja del grano y donde hasta los lectores de mejor voluntad apenas pueden terminarlos.

Sefarad, su última obra, cae en esos defectos y aunque alcanza buenos momentos, éstos se hunden en la marejada idiomática del enorme tomo. En la página 167 se explica el título: ése era el nombre de la verdadera patria de los judíos españoles, expulsados hacía 400 años. 200 páginas más adelante, se repite lo mismo y en la número 535, encabezando el capítulo final, volvemos a leer el vocablo y asistimos a los intentos de Muñoz Molina para unificar el despredigado material, en una especie de coda con súbitos y densos arranques líricos, confundiendo lo poco que recordábumos.

Sefarad no es, en verdad, una crónica sobre persecuciones recientes a los

sefarditas. Ellos, como consta en la narración, se hallaban repartidos por Turquía, Hungría y otros países. De todas maneras, Muñoz Molina desentierra algunas historias terribles, pero como no le basta con eso las mezcla con otras vidas acusadas: los bolcheviques de la vieja guardia, los trotskystas, los ex comunistas, etc. En este maremagnum de atrocidades, hay personas reales -Milena Jesenska, amante de Kafka-, muchas inventadas y relatos en torno a personajes que, perdonando el término, no tienen vela en este entierro: una mujer acude a visitar a su tía moribunda; un profesor fracasado llega a la casa de su antigua novia en Madrid y la encuentra echada a perder.

El libro presenta dificultades adicionales de lectura. El autor ya es incapaz de contar una ficción de corte clásico y el argumento lineal le resulta incómodo. En consecuencia, incluye saltos, a veces gigantescos, en el tiempo -80 años- o menos arriesgados -36 meses-, cambios constantes en la persona gramatical y alteraciones usadas como gratuito efecto de interpelación: te diriges a la estación, tomas el tren y suma y sigue.

Nunca se escribirá bastante acerca del horror nazi o los campos de concentración soviéticos. Sin embargo, tras el diluvio de productos fílmicos o novelescos posteriores a la II Guerra -los bestsellers tremendistas tipo *La hora 25* o textos de Steiner, Bussani, Celan- uno tiene derecho a exigir mayor seriedad, más rigor, menos complacencia verbal y sentimental.

Muñoz Molina, por el contrario, cae en la pomposidad vacía o la locacidad solemne y este volumen carece de toda tensión narrativa. Y peor aún, en un trabajo tan ambicioso no hay ninguna de las virtudes asociadas con la buena prosa castellana: brío, claridad, hondura y delicadeza psicológica, espiritualidad, billantez de vocabulario. Así, *Sefarad* termina siendo, a pesar de los esfuerzos de su creador, una serie de anécdotas confusas y prescindibles.

Cuesta abajo [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuesta abajo [artículo] Camilo Marks. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile